

TOBY SHELLEY

Sáhara Occidental: esperando la conflagración

Los sucesos acaecidos en mayo y junio en el Sáhara Occidental son testimonio del fracaso de la comunidad internacional, que ha permitido que este problema se haya enconado durante treinta años. Las manifestaciones que se iniciaron a finales de mayo son cualitativamente diferentes de otras anteriores: son más generalizadas, se realizan en el sur de Marruecos y son abiertamente políticas. Esta novedad era muy previsible, pero ni España ni la comunidad internacional en general han sido capaces de preverlo. Hay que dar la bienvenida a las iniciativas españolas posteriores, pero no llegan a ser una política coherente. La inestabilidad de la cuestión del Sáhara Occidental aumenta los riesgos de que estalle una crisis importante en el Magreb.

Cuando los políticos fracasan, el pueblo puede hacer —y hace— su propia historia. Los acontecimientos que están teniendo lugar en el Sáhara Occidental y en su entorno lo demuestran. El camino de la diplomacia está bloqueado desde que Marruecos rechazó definitivamente la repetición, por parte del enviado especial de la Organización de Naciones Unidas (ONU), James Baker, de sus propuestas para un periodo de autonomía seguido de un referéndum sobre la autodeterminación para el territorio. El rechazo se produjo a pesar de que la composición del censo electoral favorecía a Rabat.

Se ha permitido que Marruecos siga aprovechándose de la ventaja del ocupante, que aumenta con el paso del tiempo, en parte gracias al firme apoyo de Francia, en parte porque el interés de Estados Unidos es sólo esporádico y en parte porque la postura de España es pusilánime. Los funcionarios de la ONU tienen toda la razón cuando dicen que la organización internacional no puede hacer nada sin el apoyo activo de los miembros del Consejo de Seguridad. Pero la situación se

Toby Shelley es autor del libro *Endgame in Western Sahara*, Zed Books, Londres, 2004.

Traducción: Berna Wang

ha visto exacerbada por la no sustitución de James Baker, que hace un año dimitió, frustrado, del cargo de enviado especial, y por el traslado —sin una sustitución inmediata— de Álvaro de Soto, el representante especial.

Los obstáculos diplomáticos habían reducido el debate político del Sáhara Occidental a la emisión de opiniones estériles sobre el grado y la medida de la autonomía propuesta para el territorio bajo soberanía de Marruecos. Y a menudo se ha supuesto que dicha autonomía sería permanente y no una medida de transición. Esta idea representa un deslizamiento hacia la negación del principio de autodeterminación. Un camino más tortuoso que lleva al mismo destino es la idea que apoya un acuerdo entre las partes —Marruecos y el Polisario o Marruecos y Argelia— que el electorado se limitaría a autorizar.

Mientras los diplomáticos chapoteaban, los saharauis de los campamentos de refugiados luchaban para mantener la cabeza fuera del agua. Se aproximaba otro verano de intenso calor, la ayuda alimentaria era de nuevo insegura y, sin armas ni urnas, muchos de los residentes en los campamentos experimentaban dos emociones que van de la mano: la ira furiosa y la desesperación profunda.

En este contexto se llevaron a cabo las protestas en las ciudades del territorio controladas por Marruecos y mucho más lejos, inyectando al debate sobre el Sáhara Occidental una urgencia que se había perdido desde que Rabat dijo otra vez “no” a Baker y Washington aparcó la cuestión en el largo periodo previo a las elecciones presidenciales.

Por qué son importantes los acontecimientos

En la medida en que se puede determinar, los acontecimientos produjeron decenas, y no centenas, de detenidos y de heridos. No ha habido noticias de muertes. En Palestina, esto se habría considerado una semana tranquila. ¿Por qué este estallido, detonado por el traslado de un preso, fue significativo? En el otoño de 1999 ya hubo un largo periodo de disturbios en El Aaiún y, dos años después, las protestas en Esmara desembocaron en sangrientos enfrentamientos entre saharauis y fuerzas de seguridad.

Sin embargo, hay varias diferencias importantes entre aquellos incidentes y los de este año. En 1999, el apoyo popular a una sentada de protesta en El Aaiún tomó por sorpresa tanto a las autoridades marroquíes como a los organizadores. La espontaneidad del apoyo sirvió de inspiración para una nueva estrategia dirigida a crear un movimiento de la sociedad civil en el territorio, aprovechando la nueva determinación de los saharauis de romper el muro de miedo levantado durante los “años de plomo”, bajo el reinado de Hassan II. Los acontecimientos de El Aaiún crearon lazos entre radicales que no se conocían y pusieron en primer plano a una nueva generación de líderes. La excarcelación de Mohamed Daddach después de tres décadas de encarcelamiento (junto con otros reclusos) aumentó la confianza. Los acontecimientos de Esmara se produjeron después de la visita que Daddach realizó a la capital cultural del territorio.

Desde entonces los activistas están creando comités y tratando de movilizar a la población. En una comunidad que se cifra en decenas de miles de personas, y

no en cientos de miles o millones, y superada con creces en número por colonos y soldados, los activistas han podido organizarse no sólo en Esmara y El Aaiún, sino también en Dahkla, el puerto pesquero del sur. La organización estudiantil en las universidades marroquíes ha seguido creciendo. Una semana de acontecimientos en Agadir, hace un par de años, atrajo a 1.500 participantes. Esto llevó a un activista a observar: “Cuando vi eso, supe que podíamos ganar”.

Por tanto, cuando se inició la protesta en El Aaiún a finales de mayo, no se circunscribió a esa ciudad sino que obtuvo eco en otras partes. Y en lugar de verse arrastrados por los acontecimientos, como en otras ocasiones, los comités locales de derechos humanos pudieron intervenir, visitando hospitales y comisarías de policía para proteger a heridos y detenidos. El mejor acceso y uso de teléfonos móviles, cámaras digitales e Internet hizo también que las noticias de los acontecimientos se difundieran con rapidez entre la prensa independiente de Marruecos y los medios de comunicación de Europa y otros lugares.

Lo inquietante para Rabat es que también hubo protestas de los saharauis en las ciudades marroquíes del sur de Goulmime, Tan Tan y Assa. Geográficamente, estas ciudades forman parte del Sáhara Occidental, al sur de las montañas del Antiatlás. Dado que la reivindicación del Polisario sobre el Sáhara Occidental depende en parte de la aceptación de las fronteras coloniales heredadas, nunca ha reivindicado la zona situada al norte de la frontera internacional, pese a que ésta es totalmente artificial. Rabat consideraba que la zona era inactiva, aunque es cuna del nacionalismo saharauí al menos desde los años cincuenta. Se encarceló durante largos periodos a presuntos simpatizantes del Polisario en ciudades y pueblos y los saharauis se fueron marchando, hasta que la población saharauí de Tarfaya ha quedado reducida a un puñado de familias.

Pero ahora Rabat afronta protestas saharauis dentro de sus fronteras reconocidas. El *Majzén* (la elite política, social y económica, y sus redes clientelares) debe estar preocupado por la posibilidad de que el contagio se extienda a otras comunidades ofendidas bajo su dominio. A los partidarios del régimen les gusta describir el reino como una colcha de retales unida por la devoción al monarca. Sin embargo, el peligro de cualquier colcha de retales es que, una vez que empieza a deshilacharse por una parte, enseguida le sigue el resto.

Otra diferencia significativa entre el año 2005 y 1999 o 2001 son las consignas abiertamente políticas de los manifestantes. Antes las demandas sociales recubrían las aspiraciones nacionalistas, permitiendo que los elementos más liberales de la maquinaria marroquí propugnaran una política de construcción de viviendas y creación de empleo para eliminar los motivos de queja saharauis, junto con la indemnización a ex presos políticos.

En esta ocasión, es evidente que los manifestantes exigían la autodeterminación y, a menudo, expresaban un apoyo abierto a la independencia. La transición a unas demandas abiertamente políticas proviene en parte del proyecto de algunos —sólo algunos— activistas del movimiento de la sociedad civil de politizar su labor. En parte procede de una confianza creciente, producto de los años de esfuerzo invertido por activistas que han presionado hasta los límites de lo aceptable. Y también proviene del fracaso de Rabat a la hora de cumplir las promesas de igualdad social entre marroquíes y saharauis. Sin embargo, también es un reflejo

*Es evidente
que los
manifestantes
exigían la
autodeter-
minación y, a
menudo,
expresaban
un apoyo
abierto a la
independencia*

de los hechos acaecidos en 1975. En aquel entonces, antes de los Acuerdos de Madrid, una misión de la ONU visitó el territorio para determinar los deseos de los saharauis. Pese a los esfuerzos de España (y Marruecos) de usar creaciones locales para proyectar sus posiciones, la misión quedó impresionada por el amplio apoyo de base al Polisario y por la organización de éste, lo que les llevó a concluir que la mayoría de los saharauis quería la independencia. Han transcurrido treinta años, pero parece que la calle saharauí ha sido constante en su aspiración.

La acumulación de malestar en el territorio no era ningún secreto para cualquiera que se preocupase por saber. La evolución del movimiento de la sociedad civil ha sido abierta. De hecho, uno de sus principios es que debe trabajar abiertamente como muestra de desdén hacia las fuerzas de seguridad. La difusión del sentimiento nacionalista en el sur de Marruecos se ha llevado a cabo por medio de la saga de Ali Salem Tamek, activista y ex preso político que ha escandalizado en reiteradas ocasiones a la clase dirigente marroquí con sus declaraciones y la movilización de su ciudad natal, Assa.

La prensa marroquí habla del creciente sentimiento nacionalista entre la juventud saharauí y de la erosión del poder de los notables saharauis aliados de Rabat. Al menos uno de esos notables ha insinuado a la prensa su preocupación por la ineptitud con la que Rabat estaba gobernando el territorio. El propio gobierno marroquí ha reconocido que su influencia disminuía. Hace poco tiempo estableció una emisora de televisión regional en El Aaiún, con la intención de contrarrestar la influencia del Polisario. Justo antes de que estallaran los recientes disturbios, el gobierno convocó una reunión de notables partidarios de la integración para estudiar cómo abordar cuestiones como el bochorno público que causaba Tamek y la cobertura, cada vez más audaz, que daba la prensa independiente al Sáhara Occidental. A mediados de verano, el gobernador regional fue sustituido.

En cuanto al Polisario, no puede encender y apagar a voluntad la actividad popular en el territorio, pero lleva tiempo diciendo que en lugar de progresar en otras partes, iba a fomentar las actividades en los territorios ocupados. Justo diez días antes de los últimos acontecimientos, una figura muy destacada del Polisario declaró que habría acciones dentro del Sáhara Occidental que harían avanzar la situación.

Aparentemente, a la comunidad internacional todo esto la ha tomado por sorpresa. Como sabe cualquier visitante de El Aaiún, la misión de la ONU en el Sáhara Occidental (MINURSO) está atrincherada dentro de sus barracones y la seguridad marroquí impide el acceso. Su personal está en las profundidades del desierto vigilando las infracciones del alto el fuego o en el hotel Massira de El Aaiún. Desde el final del proceso de inscripción en el censo electoral en 1999, su contacto cotidiano con la población local es mínimo y su mandato no incluye vigilar lo que sucede en el umbral de su cuartel general (por supuesto, tampoco intervenir).

Las limitaciones de la política española

Madrid fue sorprendido. Pese a todo el pretendido interés del gobierno español por el progreso en el Sáhara Occidental, los datos indican que no sabe lo que está

ocurriendo sobre el terreno, y la inexistencia de una postura firme erosiona constantemente el respeto que se pueda sentir hacia él.

Esto no es obstáculo para dar la bienvenida a la iniciativa del gobierno español de principios de junio, que reconoce que la situación de los derechos humanos requiere vigilancia, dado que indica la necesidad de intervenir en el territorio que está bajo control marroquí. La petición del ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, para que se modifique el mandato de la MINURSO, también reconoce que la comunidad internacional tiene una responsabilidad hacia las personas que va más allá de la ayuda alimentaria. Al mismo tiempo, el envío de una delegación oficial española al territorio sería el reconocimiento de que Madrid sigue teniendo responsabilidad en el Sáhara Occidental.

Los escépticos pueden alegar, sin embargo, que la petición por parte de Moratinos de que la MINURSO haga un informe sobre los sucesos y las partes soliciten conjuntamente el nombramiento de un nuevo enviado especial para sustituir a Baker es inútil, y sólo una forma de aparentar que interviene mientras no hace nada.

La probabilidad de que el Consejo de Seguridad modifique permanentemente el mandato de la MINURSO es escasa, después de una década y media de no intervenir en lo que sucede dentro del territorio. Además la misión se reduce cada vez más, bajo la presión de Estados Unidos, y casi con seguridad carece actualmente de personal o de la experiencia suficientes para vigilar las ciudades del territorio.

Un informe, por su parte, sería demasiado poco, llegaría demasiado tarde y sería susceptible de ser manipulado por las autoridades marroquíes. La posibilidad de manipulación fue reconocida por los parlamentarios españoles en julio, cuando declinaron la invitación marroquí a visitar El Aaiún, precisamente porque temían que su libertad de circulación y acceso fueran limitados.

En cuanto a la petición de un nuevo enviado, el Polisario lleva tiempo reclamando uno y Marruecos guarda silencio al respecto.¹ No hay razones para creer que esto vaya a cambiar. Marruecos no obtiene ningún beneficio del nombramiento de un nuevo enviado, salvo que pueda estar seguro de que el nuevo titular le pondrá menos dificultades que Baker. La clase dirigente marroquí se alegró de la dimisión de éste. Su determinación para lograr avances, primero mediante el Plan de Acuerdo y después con su propio plan, obligó a Marruecos a rechazar abiertamente las vías de solución, puesto que prefería quedar fuera de los focos y dejar que pasara el tiempo, para aumentar su ocupación del Sáhara Occidental.

El Polisario, por otra parte, se beneficiaría de un enviado activista que mantuviera la cuestión en un lugar destacado. El movimiento recela de posibles candidatos europeos, de quienes sospecha que están influidos por la postura promarroquí de Francia y la vacilación de Madrid. Preferiría otro notable estadounidense, pues considera que la intervención de Washington es el medio de avanzar antes de que el presidente francés, Jacques Chirac, abandone el cargo. Por tanto, con los intereses de las partes enfrentados, hay pocos motivos para creer que van a pedir de

¹ A finales de julio, Kofi Annan nombró a Peter Van Walsum, un diplomático holandés retirado, como enviado especial. La elección de un enviado de un pequeño país europeo parece favorecer a Rabat, más que al Polisario.

El malestar de las últimas semanas debería servir para despertar a la comunidad internacional

forma coordinada un nuevo enviado, por no hablar de que ambos apoyen a cualquier candidato.

Si España quiere asumir sus responsabilidades históricas en el Magreb y desempeñar un papel en garantizar un futuro estable para la región, su política hacia el Sáhara Occidental debe ser algo más profundo que una reacción visceral ante una crisis imprevista. Tal como están las cosas, Madrid no tiene la fuerza necesaria para mediar en el conflicto. Parece que el temor a la inmigración ilegal, al narcotráfico y al terrorismo, así como la presión sobre Ceuta y Melilla, hacen que el gobierno español tenga miedo de ofender a Rabat. Sin embargo, al mismo tiempo Madrid quiere la amistad de Argel y tampoco está dispuesto a exponerse a un aumento de su impopularidad en casa por negarse abiertamente a reconocer los derechos saharauis.

Desde fuera, la política de Madrid sobre el Sáhara Occidental parece confusa. Primero había un plan que sustituiría a Baker, luego no lo había. Un día, el Plan de Paz de Baker debía ser la base de un acuerdo; al día siguiente, se prefería un enfoque más parisino. Los hechos acaecidos en el territorio a finales de mayo, pese a ser totalmente previsibles, provocaron el envío a toda prisa de una delegación a la región y la improvisación de algunas iniciativas de corto plazo que pudieran sustituir a la política. Mientras tanto, Marruecos consideraba que Madrid era tan débil que entre principios de junio y mediados de julio hizo regresar a cinco delegaciones no oficiales con impunidad, impidiéndoles visitar lugares y personas sobre las que Rabat carece de jurisdicción legal.

Si Madrid no puede encabezar intentos creíbles para resolver la cuestión del Sáhara Occidental, porque está demasiado cerca de los asuntos del Magreb o porque es demasiado débil, sería mejor que se mantuviera al margen y concentrara sus esfuerzos en apoyar la política del Consejo de Seguridad de la ONU, al tiempo que utiliza sus buenos oficios para crear cauces de comunicación con los saharauis que viven bajo el dominio marroquí.

La crisis que viene

El hecho de que la crisis del Sáhara Occidental se haya prolongado treinta años —más, si se empieza a contar desde la guerra del Polisario contra España— no significa que vaya a seguir siendo contenible. El malestar de las últimas semanas debería servir para despertar a la comunidad internacional, y para recordarle que la cuestión del Sáhara Occidental podría quedar fuera de control en cualquier momento, impulsada por fuerzas que están fuera de la influencia directa de las salas consistoriales y las oficinas ministeriales.

Es posible prever numerosos escenarios verosímiles para una crisis importante en la zona. De hecho, es la propia inestabilidad de ésta lo que confiere importancia al Sáhara Occidental para otras partes, además de las que están en conflicto. Tres escenarios posibles son:

– La estabilidad de Marruecos es cuestionable. Su sector turístico es sensible a oscilaciones bruscas, sus cosechas dependen de la meteorología (y pronto, de

los efectos perjudiciales del acuerdo de libre comercio con Washington), y su pesca de unas reservas en declive. La industria manufacturera, aparte del procesamiento de fosfato, es insignificante. Las tasas de desempleo y el analfabetismo son elevadas. El malestar político aumenta pero, a pesar de años de promesas, el *Majzén* es incapaz de delegar el poder. La clase dirigente está dividida entre el impulso de reprimir el debate político y la presión externa para que lo permita. El Sáhara Occidental es desde hace tiempo un depósito útil y distante para el ejército (y para civiles marroquíes que, de otro modo, engrosarían las filas de desempleados en el norte). Pero mantener el territorio y subvencionar a los colonos resulta caro. También se corre el riesgo de extender el contagio de la rebelión dentro del propio Marruecos. Continuar la ocupación del Sáhara Occidental aumenta el riesgo de largo plazo para la estabilidad de Marruecos.

- Las probabilidades de que el Polisario relance abiertamente la lucha armada contra Marruecos son escasas. Puede que crea que Argelia no permitiría que se lanzaran hostilidades desde su territorio. Sin embargo, la posibilidad de que inicie una actividad militar de menor nivel en la porción del Sáhara Occidental controlada por el Polisario y luego se dispare fuera de control es mayor. Quizá a la dirección del Polisario le venga bien decir que sufre presiones desde abajo para empuñar las armas, pero eso no significa que sea verdad. No cabe duda de que hay una corriente dentro de los campamentos y de los territorios ocupados que cree que el alto el fuego no ha logrado beneficios tangibles. El hecho de que las dos partes invaden zonas de exclusión militar hace aumentar la posibilidad de que se produzcan choques accidentales. Al mismo tiempo, la frustración ante el estancamiento del proceso de paz podría hacer que unidades aisladas del Polisario se enfrentasen a las fuerzas marroquíes o lanzasen operaciones “desmentibles”, en un intento de estimular a la comunidad internacional para que actúe. No se puede descartar la posibilidad de una reacción excesiva de las fuerzas de seguridad ante los acontecimientos en las ciudades bajo control marroquí, y esto también desencadenaría la actividad militar. Aquí el peligro es que incidentes de poca importancia se disparen fuera de control a medida que se intensifica la atmósfera de frustración.
- Mauritania es un actor secundario en el Sáhara Occidental desde su retirada militar en 1979. Teme a Marruecos, a Argelia y, de hecho, al Polisario. El país está empobrecido, dividido por la competencia entre clanes, las tensiones raciales y la rivalidad de movimientos políticos importados con influencias externas. Las tentativas de golpe de estado son habituales.² Las fronteras son inciertas. Estados Unidos está entrenando a fuerzas mauritanas en virtud de la Iniciativa Pan-Sahel, cuyo objetivo es aumentar la seguridad de la región para los intereses occidentales, pero que podría crear nuevas fricciones. A este provocativo fuego está a punto de añadirse el petróleo. Mauritania se va a convertir en exportador de petróleo en los próximos meses. Los 75.000 barriles diarios de producción iniciales aumentarán con rapidez y los ingresos que obtendrá el gobierno se convertirán en motivo de competición entre grupos de interés. La probabilidad de que estalle un conflicto civil es elevada. Mientras tanto, en el nor-

² A principios de agosto hubo rumores de golpe en Mauritania.

te del país hay una población saharauí considerable, con fuertes lazos con el Polisario y con algunos de los clanes mauritanos. Justo al otro lado de la frontera está atrincherado el ejército marroquí. Ambas partes desearían obtener un resultado que beneficie a sus intereses en un conflicto mauritano. El colapso de la autoridad del gobierno en Mauritania sería una amenaza para la crisis del Sáhara Occidental, para el Magreb en general y para el Sahel occidental.

Conclusión

Los peligros de una conflagración en la región son reales y deben abordarse. El planteamiento francés de apoyar a Rabat por intransigente que éste pueda ser, es peligroso para Marruecos y para Europa, además de para los saharauis. Incapaz de formular una política propia clara e informada y aparentemente poco dispuesta a comprometerse con la política de la ONU, España aumenta este peligro. Las manifestaciones en el territorio y la posterior represión de los activistas de los derechos civiles sólo han sido un recordatorio muy suave de la inestabilidad creada hace treinta años por los Acuerdos de Madrid.